

XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires, 2009.

Neoliberalismo, nueva subjetividad y acción colectiva.

Leandro Aramburu.

Cita:

Leandro Aramburu (2009). *Neoliberalismo, nueva subjetividad y acción colectiva. XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-062/2249>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Neoliberalismo, nueva subjetividad y acción colectiva

Leandro Aramburu (FSOC-UBA)

leandroaramburu@gmail.com

RESUMEN ¹

El genocidio perpetrado en Argentina (1975-1983) se vincula a la eliminación de un *hacer político* que impedía la implementación de un nuevo modelo de acumulación de capital. En este sentido, el elemento fundamental que destaca dicho proceso genocida no es haber destruido personas sino a las relaciones sociales que estos encarnaban. Estas relaciones se basaban en la reciprocidad, en la concepción del otro como par; elementos necesarios para procesar demandas comunes y así desarrollar prácticas políticas colectivas. De este modo, el objetivo fue romper los lazos sociales de reciprocidad, destruir las mediaciones políticas entre el poder del Estado (tensionado entre los grandes grupos económicos y el ala sindical peronista fundamentalmente) y los individuos particulares.

Por otra parte, el genocidio también se puede comprender no sólo como un modo de destruir, sino también como un modo de construir y reorganizar las relaciones sociales en una sociedad determinada. Es un intento por quebrar formas de relación social solidarias para instituir,

¹ Esta ponencia es en parte fruto de las discusiones que mantuvimos Darío Droznes y yo con motivo de la preparación de un trabajo para *Análisis de las Prácticas Genocidas*. Sencillamente, esta ponencia no hubiera existido sin su aporte intelectual.

en su lugar, formas heterónomas e individualistas. Por lo tanto, la desaparición de personas tuvo y tiene actualmente un efecto en los sobrevivientes tanto en su identidad como en sus vínculos interindividuales puesto que las consecuencias del exterminio sistemático no culminan sino que se inician con las muertes que produce.

Este trabajo tiene por objeto poner de manifiesto que la aplicación de políticas neoliberales estuvo ligada en Argentina a la aplicación de un genocidio reorganizador que contribuyó previamente a constituir un nuevo modo de relación social y una nueva subjetividad. En este sentido, se observa que la sociedad posgenocida se constituye como terreno fértil para el desenvolvimiento del neoliberalismo haciendo explícita la afinidad existente entre la nueva subjetividad emergente de dicho proceso y la subjetividad característica del neoliberalismo.

Por último, esta ponencia busca problematizar el potencial aglutinador de este nuevo tipo de subjetividad, qué desafíos y límites conlleva. En definitiva, qué nuevos tipos de acción política democrática son viables en la Argentina posgenocida.

EL GENOCIDIO COMO ESPECIFICIDAD MODERNA

En un ejercicio de lucidez intelectual, Bauman pone de manifiesto la significativa vinculación entre “Modernidad y Holocausto”. En principio, nos advierte que existe un doble riesgo argumental: el de presentarlo como una falla de la modernidad y el de concebirlo como el paradigma moderno por excelencia. En el primer caso, la civilización occidental habría sido incapaz de sostener firmemente la vigencia de las reglas sociales que imponen restricciones morales a la innata fuerza destructora y egoísta del hombre. En el segundo, el Holocausto se convierte en la norma y paradigma de la civilización moderna formando parte esencial de su tendencia histórica. En rigor, para Bauman (2006:26), estas dos visiones vacían de contenido real al Holocausto siendo que, en la primera, se lo concibe como una desviación de la norma acentuando su carácter excepcional, y en la segunda, se lo entiende como un evento con consecuencias “prácticamente indistinguibles de los otros sufrimientos que la sociedad moderna genera cotidianamente y en abundancia”. Por el contrario, Bauman propone buscar en la Modernidad las condiciones necesarias y favorables que hicieron posible la emergencia de un fenómeno como el genocidio.

Lejos de concebirlo como una fuga de la civilización moderna o como un producto del irracionalismo, sentencia que “es una prueba del progreso de la civilización”.

En esta perspectiva se ubica Feierstein (2007:13-35) cuando propone “comprender el aniquilamiento de colectivos humanos como un modo específico de destrucción y reorganización de relaciones sociales”. Sin embargo, el genocidio no se caracteriza sólo por el “aniquilamiento de poblaciones” sino también por “el modo peculiar en que se lleva a cabo, en los tipos de legitimación a partir de los cuales logra consenso y obediencia y en las consecuencias que produce no sólo en los grupos victimizados sino también en los mismos perpetradores y testigos, que ven modificadas sus relaciones sociales”.

Es en este sentido que el autor prefiere utilizar la expresión “práctica social genocida” porque remite a construcción y evita, así, perspectivas que tiendan a cosificar los fenómenos sociales. De este modo, hace hincapié en la “permanente incompletud” del fenómeno, a pesar de fijarle límites que hacen efectivo y significativo su análisis. En virtud de esta característica, y como consecuencia del carácter constructivo que encarna el concepto, el proceso genocida “se inicia mucho antes del aniquilamiento y concluye mucho después”; puesto que se considera como genocidas tanto las prácticas que colaboran en el desarrollo del fenómeno como las que cierran temporalmente su significación simbólica (Feierstein, 2007:35-36).

EL GENOCIDIO ENTRE NOSOTROS

Feierstein sostiene que el genocidio se inicia en nuestro país en 1975, en la provincia de Tucumán y bajo un gobierno democrático. Dicho gobierno presidido por “Isabelita” buscó explícitamente la aniquilación de un “grupo nacional” que encarnaba la “subversión”. Este accionar, legitimado por el Estado a través de un documento polémico a la luz de los hechos ocurridos con posterioridad, se convertirá en un ensayo de lo que ocurriría en los años venideros de manera planificada y sistemática.

Cabe aclarar que no se trató de una práctica militar convencional sino de una práctica eminentemente política basada en la destrucción y reorganización de las relaciones sociales encarnadas por la población civil. En este sentido, Feierstein (2007:26) afirma que se puso en marcha una “tecnología de poder” específicamente moderna que buscó redefinir “los modos en que los grupos sociales se vinculan entre sí y consigo mismos, y aquellos a través de los cuales

construyen su propia identidad, la identidad de sus semejantes y la alteridad de sus ‘otros’”. Por este propósito, necesitaron un ejército distinto al tradicional con otros valores y otra moral que pudiese llevar a cabo de forma sistemática la secuencia *secuestro-desaparición-tortura-aniquilamiento*. Esta secuencia *industrial* conlleva uno de los aspectos característicos de esta “técnica de la muerte” que es la relación de anonimato que se mantiene con las víctimas. Nadie ve morir a la víctima, nadie es encargado específicamente de matarla puesto que la “máquina” se encarga de eso. De este modo, se desdibuja el responsable moral del proceso de aniquilación. En virtud de este proceso, la “Dictadura” llevará a cabo “un quiebre y una transfiguración total de los modos de constitución de identidades” afectando la moral, la ideología, la familia y las instituciones. En este sentido, podemos afirmar que se trataba de “transformar a la sociedad toda aniquilando a quienes encarnaban un modo de construcción de identidad social y eliminar (material y simbólicamente) la posibilidad de pensarse socialmente de ese modo” (Feierstein, 2007:53).

El genocidio en Argentina se vincula, así, a la eliminación de un *hacer político* (no necesariamente partidario u orgánico) que impedía la implementación de un nuevo modelo de acumulación de capital. Recordemos que el giro económico dado por el gobierno en el '75 de la mano del “Rodrigazo”, recibe una fuerte resistencia de parte de la sociedad civil obligando a renunciar al propio Rodrigo poco después de la implementación de *su* iniciativa (Restivo y Dellatorre, 2005). En este sentido, de ningún modo puede considerarse la elección de las víctimas como producto del azar.

Ahora bien, ¿cuales fueron los sectores sociales que encarnaban las relaciones que se querían clausurar? “Con el argumento de enfrentar y destruir en su propio terreno a las organizaciones armadas”, la operación genocida procuro eliminar todo activismo, toda protesta social, toda expresión de pensamiento crítico, toda “posible dirección política del movimiento popular” (Romero, 2001). También para O'Donnell (1997) lo esencial fue destruir las *mediaciones políticas* que habían sabido construirse sólidamente durante el periodo y la experiencia peronista, y que habían funcionado como resistencia a los intereses del capital transnacional y de la burguesía terrateniente. Destruir esas mediaciones y el *igualitarismo simbólico* instalado por el peronismo fue el objetivo de la dictadura y, para eso, el recurso fue la difusión del terror. Así, el genocidio se puede comprender como un intento por quebrar formas de relación social solidarias para instituir, en su lugar, formas heterónomas e individualistas.

EN TORNO A LA AFINIDAD DEL NEOLIBERALISMO CON EL GENOCIDIO

Levy (2004:158-159), refiriéndose a la relación entre economía y proceso genocida, sentencia que “en la Argentina se da una articulación directa y particular entre la restructuración de las relaciones sociales operada por el genocidio, con el cambio del modelo de acumulación”. En virtud de esta afirmación, parece sugerente para este trabajo, la desagregación en dos niveles que Levy realiza del concepto de neoliberalismo. Por un lado, define un primer nivel “más estructural-general” que se ve expresado en las políticas económicas presentadas por el capital financiero con el objetivo de superar la crisis del Estado de bienestar ocurrida en los tempranos años setenta. Estas políticas se ubican en un contexto mundial de flexibilización de las fronteras impuestas a la circulación del capital. Por otro lado, define un segundo nivel que implica y expresa, “al mismo tiempo, la destrucción de una serie de mediaciones sociales [...] que son resistencias políticas y culturales [...] al poder del capital [que busca] imprimir su lógica de acumulación a toda la sociedad”. Resistencias que se oponían a la “mercantilización total de la vida”.

En este sentido, siguiendo a Feierstein, el proceso genocida buscó y consiguió “destruir un determinado tramado de las relaciones sociales” con el objeto de producir una fractura en los lazos de reciprocidad individual necesarios para procesar demandas comunes y así constituirse en un colectivo autónomo. Bajo estas condiciones, no solo se licuan las resistencias sociales sino que, a su vez, se impone una cosmovisión, un *tipo ideal* funcional al desarrollo e implementación de políticas neoliberales. De hecho, al decir de Levy (2004:161), “la especificidad más importante [...] del neoliberalismo consiste en los efectos ideológicos/culturales que produce, que obviamente están articulados a las transformaciones económicas”. Dichos efectos tales como la cosificación del otro, el debilitamiento de las mediaciones políticas y culturales, la mercantilización de las relaciones interindividuales, la destrucción de los valores morales, la indiferencia y la irresponsabilidad frente a cualquier destino como comunidad, tienen una relación de afinidad electiva con los efectos de la práctica genocida en el nivel de la subjetividad.

LA CONTRIBUCIÓN DEL GENOCIDIO A LA CONSTRUCCIÓN DE LA NUEVA SUBJETIVIDAD

Este nuevo tipo de subjetividad al que haremos referencia no es una particularidad argentina. Encuentra sus condiciones de emergencia en la década del '70 en Europa occidental y los Estados Unidos y se va extendiendo a lo largo de las dos décadas siguientes hasta ser hegemónico en el mundo globalizado. Se ha venido produciendo, a lo largo del cuerpo social, una autonomización de

los pensamientos producto de una búsqueda, cada vez más intensa y constante de diferenciación individual (en la vestimenta utilizada, el gusto de música, el peinado, las opiniones); y a la vez, como movimiento paralelo, se produce una disolución de ciertos modos de vida preestablecidos, dando lugar una multiplicidad de conductas posibles y legítimas. Esta dinámica individualista, entonces, estimula cierta autonomía subjetiva que a corto plazo se traduce en una nuclearización o atomización de lo social. Algunos autores también hablarán de tendencias al egocentrismo, al narcisismo, a la mera búsqueda de placeres privados, al primado de los intereses particulares por sobre los generales, a anteponer la autonomía individual frente a la ortodoxia doctrinal.

Pero aun así, dentro del contexto específicamente argentino, creemos que la “Dictadura” contribuyó activamente, según las condiciones previas de integración social, a constituir las bases de la subjetividad moderna a través de la violencia genocida. Para ser claros: pensamos que esta nueva subjetividad no es simplemente un fenómeno “natural” de las sociedades que transcurren por una etapa denominada como “capitalismo tardío”, “capitalismo posindustrial” o, de un modo más amplio “posmodernidad”; sino que en cada contexto específico (nacional, regional) se llevaron a cabo políticas concretas que, actuando dentro de una constelación compleja de factores, contribuyeron a generarla.

Para remodelar las relaciones sociales (en realidad, destruir unas e instaurar otras), el proceso genocida operó realizando una “clausura de la autodeterminación” a través de la “destrucción moral basada en la delación como nuevo modo de relación social” (Feierstein, 2007:278). En este sentido, la delación quebró toda relación de paridad con el prójimo e indujo a un estado de permanente desconfianza clausurando así relaciones de reciprocidad y solidaridad. Cualquier acción colectiva, hasta la más básica y simple, tiene a la confianza por requisito. Sin la expectativa de que el vínculo entre los pares sea estable, sin que tengamos cierta seguridad o expectativa de que el otro “esta de nuestro lado”, no es posible caminar juntos y compartir un proyecto común –de cualquier índole y duración y con cualquier grado de compromiso que este requiera. Menos será posible, todavía, tejer una práctica política y contestataria desde la desconfianza. Por lo tanto, la única posibilidad es la indiferencia y la alternativa individualista.

Sostenemos que la secuencia *desconfianza-delación-imposibilidad de la política-acción individualista* nos ayuda a comprender mejor de qué se trata la dinámica individualista y la consecuente atomización de lo social. La práctica de la delación comienza a ser posible cuando se produce un quiebre simbólico dentro del tejido social resultado de la construcción de un sujeto negativamente diferente

(Feierstein, 2007). Cuando *el otro* no es *igual* a mí, no es mi *par*, entonces puede ser potencialmente peligroso. En el caso argentino, la definición de la *otredad negativa* es particularmente polisémica y eficaz: con la denominación de *subversivo* se podía estar haciendo referencia tanto al integrante de una organización armada como al profesor que enseñaba ciertos contenidos. Al ser un criterio que refiere al *hacer* político, en principio, no es claramente reconocible sino que “cualquiera puede serlo”. Desde esa incertidumbre y desconfianza es donde actúa la delación y las consecuencias que mencionamos para clausurar las relaciones sociales de reciprocidad. Una vez que estos lazos se han quebrado, los individuos permanecen en soledad, sin posible articulación con el otro. O, podríamos agregar, quedan bajo la mirada atenta del poder, cada uno en su cuadrícula, rodeado de paredes invisibles que no les permiten estrecharse las manos los unos con los otros, iluminados desde arriba pero sin poder ver para el costado. Y si no es posible pensar con el otro, junto al otro, no hay posibilidad de articulación entre ciudadanos que se vuelven simplemente individuos. El continuum de la ciudadanía se ve interrumpido (Bauman, 2007).

Creemos que la individualidad posmoderna en Argentina tiene una parte de sus raíces bien arraigadas en estos procesos. Por eso, en un ejercicio de autoconocimiento, nos resulta sugerente el planteo de Feierstein (2007:218) cuando dice “sin saber quiénes eran las víctimas y por qué fueron aniquiladas difícilmente sepamos quiénes somos nosotros y por qué vivimos como vivimos”. Desde nuestra perspectiva es tan importante analizar los fenómenos globales que estimularon las condiciones de la nueva subjetividad como averiguar “quiénes eran y por qué fueron aniquilados” los compañeros generacionales de nuestros padres.

LA NUEVA SUBJETIVIDAD COMO TERRENO FÉRTIL PARA EL DESENVOLVIMIENTO DEL NEOLIBERALISMO.

Según Bauman (2007:19-20), “para que el poder fluya, el mundo debe estar libre de trabas, barreras, fronteras fortificadas y controles. Cualquier trama densa de nexos sociales, y particularmente una red estrecha con base territorial, implica un obstáculo que debe ser eliminado”. Entonces, la desintegración de la trama social y el desmoronamiento de los actores sociales colectivos son tanto una condición como un instrumento para la penetración de este nuevo modelo de acumulación. La falta de compromiso social, la primacía del interés individual, la ausencia de registro del otro como par son sus fundamentos. La sociedad posgenocida estaría caracterizada por “la fragilidad, la vulnerabilidad, la transitoriedad y la precariedad de los vínculos y redes humanos” y estos permitirían “que esos poderes puedan actuar”.

Desde este punto de vista, el grado de eficiencia en la clausura de relaciones de reciprocidad impactó directamente en el nivel de rapidez y facilidad con el que lograron imponerse políticas económicas neoliberales en la sociedad posgenocida. La experiencia de la “Dictadura” contribuyó a generar una sociedad atomizada e imposibilitada de elaborar reclamos comunes. Infinidad de reivindicaciones individuales surgen por doquier y se ven inhibidas, por su misma constitución, de dialogar entre sí. El mero interés corporativo, por más virulento o explosivo que sea, esta condenado a expresarse de manera solitaria y aislada.

A partir del quiebre de estas resistencias, el capital financiero, con su imperdonable lógica de maximización de la ganancia, se va a volver el ordenador, no solo de la vida económica, sino de las relaciones humanas. Asistiremos, entonces, a la mercantilización de las relaciones sociales. Súbitamente, el nuevo modo de relación social instaurado por el proceso genocida constituye una subjetividad individual bajo un grado alto de autonomía, de diferenciación, de primacía del interés personal. Pronto se puede entrelazar con un modo de acumulación que es afín a concebir al otro como un medio en lugar de como un fin, como un instrumento para maximizar beneficio, como un objeto al cual se le exige satisfacción inmediata, como un otro con el cual se dificulta generar compromisos duraderos. En los últimos 30 años mucho más que en épocas anteriores, hemos incorporado conceptos de gestión empresarial de forma acelerada en nuestra vida cotidiana: intentamos reducir los tiempos muertos (leemos el diario en el transporte o compramos tarjetas magnéticas para no hacer cola en los subterráneos), buscamos desarrollar las menores ataduras posibles al espacio geográfico (adquirimos celulares, compramos computadoras portátiles), cambiamos más asiduamente de empleo.

NUEVA SUBJETIVIDAD: DESAFÍOS, LÍMITES Y POTENCIALIDADES EN TORNO A LA ACCIÓN POLÍTICA DEMOCRÁTICA.

Teniendo en cuenta el escenario socio-político planteado anteriormente ¿cómo es posible compartir un destino común mientras las desigualdades sociales se multiplican y se vacían los principios reguladores?

Hace algún tiempo, Villarreal (1985:247) sentenció que las “mutaciones sociales operadas en el periodo dictatorial” se instalaban “como un desafío a la imaginación política de los sectores populares, nacionales y democráticos”. Esto significa que para recomponer el lazo social y articular

así movimientos sociales, debían generarse formas inéditas de acción política. Creemos que aún hoy dicho desafío continúa latente. Entonces, frente a la diversificación creciente de grupos sociales y a la consecuente disolución de las identidades colectivas que “ponen en cuestión los lazos tradicionales de representación”, se produce una fractura cada vez más amplia en la comunidad y un déficit creciente en la comunicación intersubjetiva.

Un posible foco a través del cual comenzar a problematizar esta cuestión es el propuesto por Rosanvallon (2007:23-24) cuyo objetivo es comprender el funcionamiento de las democracias actuales. Primeramente, afirma que los elementos centrales del sistema democrático son la legitimidad y la confianza. El primero comprende al aspecto procedimental mientras que el segundo funciona como “un *economizador institucional*, que permite ahorrarse todo un conjunto de mecanismos de verificación y prueba”. En este sentido, anteriormente veíamos que cualquier tipo de acción política tiene a la confianza como requisito fundamental, puesto que le otorga *el carácter de continuidad en el tiempo*. De modo que el problema aparece cuando la confianza se diluye. Sin embargo, Rosanvallon observa que, paralelamente a este hecho incontrastable, se ha estado formando “todo un entrecruzamiento de prácticas, de puestas a prueba, de contrapoderes sociales informales y también de instituciones, *destinados a compensar la erosión de la confianza mediante una organización de la desconfianza*”.

En definitiva, creemos fructífera la perspectiva de Rosanvallon (2007:25) puesto que busca “comprender las manifestaciones de la desconfianza en un marco global que reubique de manera articulada y coherente sus características más profundas, en síntesis, entenderlas en tanto *conforman políticamente un sistema*”. Según su opinión, el desarrollo en la sociedad civil de los poderes de control, de obstrucción y de enjuiciamiento marca el funcionamiento de los regímenes políticos contemporáneos viéndose desbordado ampliamente el marco de las instituciones electorales-representativas. En este sentido, el rasgo característico a tener en cuenta es la *desconfianza democrática* que, expresada y organizada de múltiples maneras, exige el servicio al bien común.

En este sentido, distanciándose de Bauman (2007), propone analizar las “mutaciones de las formas de actividad democrática” más que sentenciar la “declinación de la ciudadanía”. La actividad democrática ahora desborda los medios electorales posibilitando a los ciudadanos otras maneras de expresar sus quejas y reclamos. Sin duda, la complejización de lo social tiene su correlato en la diversificación de las formas de expresión política como así también de sus objetivos. De este modo, la proliferación de grupos de interpelación subjetiva y de asociaciones de diversos tipos está

a la orden del día. Es así que nos encontraremos frente a otras formas políticas de aglutinamiento y de proceso de demandas colectivas, *y del pasado sólo deberá quedarnos la memoria.*

Nuestro próximo trabajo, entonces, retomará la hipótesis de Rosanvallon e intentará contrastarla con la realidad política de la argentina actual en pos de dilucidar el sistema de pesos y contrapesos de nuestra democracia en *la era de la desconfianza institucionalizada.*

Bibliografía

- o -Bauman, Z. (2006): *Modernidad y Holocausto*, Buenos Aires, Sequitur.
- o -Bauman, Z. (2007): *Modernidad Líquida*, Buenos Aires, FCE.
- o -Berman, M. (2000): *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- o -Feierstein, D. (2007): *El genocidio como práctica social*, Buenos Aires, FCE.
- o -Levy, G. (2004): "Consideraciones acerca de la relación entre raza, política, economía y genocidio", en Feierstein-Levy: *Hasta que la muerte nos separe. Poder y prácticas sociales genocidas y América Latina*, La Plata, Ediciones al margen.
- o -Lipovetsky, G. (1994): *El imperio de lo efímero*, Barcelona, Anagrama.
- o -O'Donnell, G. (1997): *Contrapuntos. Ensayos escogidos sobre autoritarismo y democratización*, Buenos Aires, Paidós.
- o -Restivo-Dellatorre (2005): *El Rodrigazo, 30 años después. Un ajuste que cambió al país*, Buenos Aires, Claves para Todos. Capital Intelectual.
- o -Romero, L.A. (2001): *Breve historia contemporánea de la Argentina*, Buenos Aires, FCE.
- o -Rosanvallon, P. (2007): *La contrademocracia. La política en la era de la desconfianza*, Buenos Aires, Manantial.
- o -Villarreal, J.M. (1985): "Los hilos del poder" en Jozami-Paz-Villarreal: *Crisis de la dictadura Argentina. Política económica y cambio social (1976-1983)*, Buenos Aires, Siglo XXI.